

# Características identitarias del cuento infantil *queer* en España<sup>1</sup>

Alfredo Martínez-Expósito  
*University of Melbourne*

En un contexto cultural marcado por la gradual normalización de las expresiones literarias relacionadas con las identidades no heterosexuales, resulta particularmente relevante rastrear la existencia de prácticas culturales que delatan la persistencia de inercias de carácter homófobo. El hecho de que desde el último cuarto del siglo xx se hayan perpetuado prácticas textuales que por una u otra razón cuestionan la legitimidad de la normalización LGBTQ demuestra por sí solo que el proceso de normalización no es universal ni homogéneo; es, también, un recordatorio de que no existen garantías de que los avances conseguidos en materia de aceptación social y de descripción legal de la homofobia y de la transfobia sean irreversibles. Las prácticas literarias ligadas al mundo de la infancia, como por ejemplo los cuentos infantiles, resultan especialmente llamativas por su fuerte reticencia, cuando no resistencia frontal, a la normalización de narrativas de índole *queer*. Estrechamente relacionados con la educación del niño y con su temprana identificación genérico-sexual, el cuento infantil nunca ha cuestionado que la heterosexualidad sea la identidad por defecto del niño que lee (o a quien un adulto lee) el cuento. Por esta razón, la gradual aparición de cuentos infantiles alternativos, en los que la heterosexualidad normativa deja de ser la única opción, ha provocado fuertes reacciones a nivel escolar no solo por parte de las conocidas posiciones religiosas, sino también por padres y profesores que perciben una profunda contradicción entre el género del cuento y la radicalidad de los planteamientos anti-normativos que obviamente siguen estando asociados a la homosexualidad. La crispación que esta práctica genera es un elemento indicativo de la capacidad subversiva del cuento infantil de temática homosexual o *queer* y pone de manifiesto que el proceso de normalización de la misma choca frontalmente con intereses opuestos en el terreno de la educación infantil.

---

1 El presente artículo se inscribe en el marco del proyecto de investigación FEM2015-69863-P MINECO-FEDER.

El género del cuento infantil tiene una importancia fundamental en el ámbito de la educación en el que participan agentes tan diversos como el Estado, la escuela, la profesión docente o la familia. Pero, además, el cuento es también una obra literaria que por su propia naturaleza desborda el ámbito de la realidad para crear mundos de ficción sujetos a reglas que, como sabemos, no tienen necesariamente que imitar las del mundo real. En este sentido el cuento infantil tiene una virtualidad desestabilizadora que adquiere toda su dimensión cuando el tema tratado es de tipo homosexual. La capacidad subversiva del cuento *queer* no pasa desapercibida para ninguno de los actores del ámbito educativo, muchos de los cuales quieren ver propaganda y proselitismo de peligrosos *lobbies* gays en lo que otros solo ven educación en valores. Lo que para unos es un ejercicio de respeto a todos los niños, incluidos aquellos que están en las tempranas fases de desarrollo de una sexualidad no heterosexual, para otros es un intento de confundir la sana heterosexualidad del niño, víctima inocente y vulnerable.

Estamos, pues, ante un género polémico y ante un fenómeno textual de finas aristas que requiere un análisis multidimensional (Abate/Kidd 2011). En tiempos recientes se ha venido proponiendo una reconceptualización de la pedagogía infantil que propone cuestionar directamente los roles de género heteronormativos haciendo uso para ello de algunas ideas proporcionadas por la teoría *queer*, especialmente el principio de que en el terreno de la identidad de género no existen patrones universales de normalidad (Blaise/Taylor 2012). Este tipo de propuestas sugieren prestar mayor atención a la capacidad que el niño tiene de escenificar sus propias ficciones mediante el juego, dejando quizá en un segundo plano la textualidad del cuento. Dando protagonismo al niño y al juego se persigue evitar actitudes fóbicas y comportamientos excluyentes y autoritarios:

We hope that by reading about this research and learning about queer theory, more early childhood teachers will be inspired to use a queer eye as a new way of working toward a more equitable world. We believe there are two main implications of this research. The first is that it is indeed possible for early childhood teachers to develop their own queer eye in order to contribute to positive social change. The second implication is that in the process of developing their own queer eye, these teachers also will be able to help children develop theirs (Blaise/Taylor, 96).

En España, el origen de los cuentos *queer* infantiles está íntimamente relacionado con la aparición de temáticas de inclusión: familias no tradicionales, pluralidad de identidades y respeto mutuo. Los cuentos que

presentan este tipo de temáticas fueron apareciendo desde mediados de la década de los ochenta gracias a pequeñas editoriales como Topka, A Fortiori y Nube Ocho.<sup>2</sup> Naturalmente, este tipo de intervenciones culturales y pedagógicas tiene un objetivo que supera con creces el ámbito de lo puramente literario; desde el Centro de Documentación en Investigación de Literatura Infantil y Juvenil de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez se ha ponderado la labor pionera de estas editoriales así como el hecho de que la calidad, tanto literaria como educativa, de sus textos irá sin duda acrecentándose a medida que la demanda vaya creciendo (Cedeira/Cencerrado, 98). En el período 1986-2005 se publicaron en España 29 obras de ficción infantil y juvenil en las que aparecen temas o personajes LGBTQ, de las cuales 19 eran de autores españoles (en castellano, catalán y euskera) y el resto eran traducciones del inglés, alemán y francés (Cedeira/Cencerrado, 90). El ritmo de publicación de este tipo de obras va creciendo a medida que pasa el tiempo, pero se nota la ausencia de los grandes sellos editoriales: solo las pequeñas editoriales como las antes mencionadas se atreven a publicar cuentos de tema *queer*.

La colección “Egalité”, de Nube Ocho Ediciones, publica cuentos infantiles en colaboración con Egales. La edición, de gran calidad, incluye ilustraciones y dibujos que enriquecen la experiencia lectora. Según la filosofía de la propia colección, se trata de fomentar la igualdad mediante estructuras narrativas que incluyen familias homoparentales, primeras experiencias homoeróticas y experiencias de inmigrantes. La tolerancia como valor se presenta en los cuentos de “Egalité” no como una utopía, sino como un presente que es necesario proteger: “Narraciones donde el punto de vista tradicional y clasista es revisitado para mostrar una situación presente de igualdad”.<sup>3</sup>

La colección “En Favor de Todas las Familias”, de la editorial vasca A Fortiori, publica cuentos en castellano, euskera, catalán, inglés, francés y portugués. La filosofía de la colección es erradicar la homofobia y potenciar la diversidad; aboga por educar en valores, haciendo del amor el principal de ellos. Los protagonistas suelen ser familias de niños adoptados en contextos familiares homoparentales, monoparentales o multirraciales. La pers-

2 Otras editoriales que han publicado esporádicamente materiales relevantes son Ediciones la Tempestad (Llibres de l'Index), Bellaterra, Serres, Bibliópolis, La Librería y RBA.

3 Esta filosofía editorial aparece en todos los cuentos de la colección así como en la página de la editorial <<http://nubeocho.com>>.

pectiva es netamente normalizadora: “Hemos huido de hacer cuentos en los que el asunto sea la homosexualidad de los padres o madres, o su condición de divorciados o de madres solteras y hemos buscado en todo momento naturalizar las situaciones, con la idea de que las niñas y los niños que viven ese otro tipo de familia no-tradicional, vean reflejada la suya sin dramas ni tratamientos *especiales*”.<sup>4</sup>

La editorial Topka publica cuentos para el segmento más precoz, niños de 0 a 3 y de 4 a 7 años. Los protagonistas son niños que viven en familias diversas, a menudo homoparentales. La perspectiva, normalizadora, es la de que las historias giren en torno a temas universales sin hacer énfasis especial en la homosexualidad de ningún personaje.<sup>5</sup>

Un repaso a este tipo de cuentos revela una serie de rasgos formales que aparecen de manera recurrente. En primer lugar, el énfasis no se pone en la sexualidad ni en el erotismo, sino en la formación de estructuras familiares alternativas al patriarcado y en la aceptación social de las mismas. En segundo lugar, la homosexualidad masculina es solo una más (y no la más numerosa) entre las variadas tematizaciones de la sexualidad no heteronormativa, que incluyen también el lesbianismo, la bisexualidad y la transexualidad. En este sentido hay que puntualizar que los cuentos que tematizan la homosexualidad masculina contribuyen de manera inequívoca a la reconstitución de una masculinidad no patriarcal, y por lo tanto no sometida a las líneas tradicionales de dominación, violencia y autoritarismo, que ha sido favorecida de manera muy significativa por el auge de una cultura gay que ha ofrecido nuevas modulaciones de la masculinidad que incluyen, por ejemplo, roles pasivos, atención estética al propio cuerpo o mimetismo de roles tradicionalmente considerados femeninos. En tercer lugar, si en épocas pretéritas el tema de la homosexualidad aparecía frecuentemente relacionado con conductas reprobables, delictivas o patógenas, en estos cuentos se inserta en un paradigma completamente diferente: relaciones de género, familias monoparentales y homoparentales, sexualidades alternativas, prácticas de inclusión y nunca de exclusión o marginación, educación en valores y, en palabras de una de las editoriales mencionadas, el tema del amor como patrón de las narraciones que se presentan a un público lector infantil. Por último, se percibe en los cuentos una indudable intención normalizadora mediante estrategias específicas que se comentarán más abajo.

---

4 <<http://afortiori-editorial.com/documents/216.html>>.

5 <<http://www.topka.es/editorial.htm>>.

Estos cuentos de temática homosexual en un sentido amplio (incluyen ejemplos de niños que prefieren la amistad de otros niños, princesas que desdeñan a príncipes y buscan la compañía de otras princesas, y personajes más o menos fabulosos en diferentes grados de antropomorfización) no representan en absoluto una tendencia general dentro de la producción infantil en España (Cedeira/Cencerrado, 90). Se trata de una curiosa aunque reseñable excepción a la norma imperante en la literatura de este género, que como quedó apuntado más arriba no es otra que la educación del niño en valores de índole tradicional, es decir, la transmisión inter-generacional de los valores que padres y educadores desean inculcar a los niños. Podría argumentarse que, como reza el material promocional que acompaña a estos cuentos, su público no es otro que los padres no heterosexuales que desean dar a sus hijos una educación en la que la homosexualidad, desde la infancia, no solamente no sea escamoteada a la visión del niño, sino que se le presente con el mismo grado de normalidad y aceptación que la heterosexualidad. Sin embargo, la posibilidad de que estos cuentos sean utilizados en escuelas y por parte de familias heterosexuales no puede quedar automáticamente descartada; de hecho, quizá sea esta virtualidad la que confiere a estos cuentos su enorme poder normalizador, en la línea de una utopía largamente soñada por el activismo LGTB en la que la sociedad terminaría por hacer suyas todas las opciones sexuales en igualdad de valoración ética y legal con la heterosexualidad. Dicho de otro modo, estos cuentos apuntan hacia la posibilidad de una normalización plena del hecho homosexual, una normalización en la que la diferencia *queer* dejaría simplemente de existir.

Ahora bien, la aspiración a la plena normalización, con la consiguiente disolución de lo *queer* dentro de una ética no heteronormativa, no es compartida, ni mucho menos, por todas las sensibilidades LGBTQ. Lee Edelman plantea sin ambages la necesidad de preservar lo *queer* como una ética contraria a la normalización, como una alternativa al imperativo patriarcal de construir el futuro a partir de la creación y adoctrinamiento de las generaciones futuras empezando por la generación inmediatamente posterior, siempre representada en la figura del niño, o, más exactamente, del niño como categoría política y de pensamiento: el niño, personificación de las generaciones futuras, elevado a un estatus simbólico que ocupa un lugar central en el pensamiento político y ético de las democracias liberales y que con frecuencia se invoca como justificación última de cualquier programa de acción, negando de manera radical la legitimidad de cualquier planteamiento político que no vele por la seguridad y la felicidad de las generaciones

futuras, en un auténtico “futurismo reproductivo”: “Terms that impose an ideological limit on political discourse as such, preserving in the process the absolute privilege of heteronormativity by rendering unthinkable, by casting outside the political domain, the possibility of a queer resistance to this organizing principle of communal relations” (Edelman 2004: 2). La alternativa que lo *queer* representa viene a ser, para Edelman, un negativo de la cultura heteronormativa hegemónica y, de hecho, atribuye a la homosexualidad una carga de negatividad que, desde su punto de vista, no solamente no debería ser rechazada sino que debería constituir la columna vertebral de un activismo *queer* con un claro e irrenunciable compromiso anti-normalizador. Con esta perspectiva, no cabe duda de que la agenda normalizadora de los cuentos infantiles homosexuales contribuiría a generar actitudes más tolerantes hacia la homosexualidad, pero con la contrapartida de que su negatividad diferencial iría diluyéndose hasta resultar inapreciable. Existe, sin embargo, un modo de leer estos cuentos que parecería apoyar el programa de resistencia de Edelman: para los pequeños lectores proto-gais, estos cuentos pueden suponer, quizás, la primera chispa de intuición de su sexualidad. El proceso de identificación entre lector y personaje tiende entonces a convertirse en modelo de comportamiento, en programa de emulación. El niño gay es educado en patrones de conducta y en expectativas socio-sexuales no heterosexuales, de la misma manera que otros niños lo son dentro del paradigma heteronormativo.

Pero al hablar de normalización es preciso introducir algunas puntualizaciones. La progresiva y en algunos casos aparente normalización de la homosexualidad que en algunos países occidentales se percibe desde la última década del siglo xx se está manifestando en áreas que ofrecen una insospechada capacidad de influencia social. Las modificaciones legislativas que posibilitan, según los casos, el matrimonio entre personas del mismo sexo, las uniones civiles y la adopción infantil se encuentran quizá entre los cambios más conocidos por su repercusión mediática y por su instrumentalización en el debate político en un gran número de países. Sin embargo, la discusión centrada sobre el matrimonio no constituye sino la punta del iceberg de una serie de cambios simbólicos y culturales que afectan a la misma estructura de valores que gobierna la organización de la sexualidad en las sociedades occidentales. Recordemos, por ejemplo, los avances que en materia de relaciones laborales están consiguiendo los trabajadores LGBTQ; recordemos asimismo la introducción y subsiguiente desarrollo de leyes que penalizan la homofobia y su repercusión en organizaciones como

el ejército, la escuela e incluso algunas confesiones religiosas; y recordemos, también, que muchos de estos cambios de tipo legislativo, político y social están siendo reflejados en los medios de comunicación y en productos culturales de todo tipo, generando de este modo un ciclo de retroalimentación con la propia realidad. No es necesario subrayar el papel fundamental que las representaciones mediáticas y culturales desempeñan en el proceso de autoconocimiento y eventual autoaceptación de los homosexuales, pero sí sería conveniente llamar la atención sobre el hecho de que la progresiva normalización de la homosexualidad está favoreciendo la inclusión de este tipo de temas en obras y formatos dirigidos al público general, un acontecimiento sin precedentes que merecería por sí solo un estudio en profundidad. Asistimos, pues, a la creación de nuevos espacios de expresión de la homosexualidad que superan los estrechos límites de lo que hasta la última década del siglo pasado seguía denominándose “cultura LGBTQ” y que no era sino un nicho del mercado cultural dirigido a consumidores que se identificaban como tales. El proceso de normalización es, pues, en cierto modo, un proceso de disolución de la especificidad cultural LGBTQ y su inherente *queerness*, que va pasando a formar parte de una cultura general en la que la diferencia sexual ya no se percibe como disidencia, ni siquiera como otredad, sino más bien como particularidad asumida y respetada por la sociedad. La normalización de todas las identidades sexuales entraña una renuncia a considerar alguna de ellas como más normal o jerárquicamente superior a las demás, lo cual redundará en una disminución de las conductas excluyentes, fóbicas y violentas.

Los cuentos infantiles españoles de temática LGTB hacen uso de varias estrategias normalizadoras, entre las cuales destacan cuatro. En primer lugar, se trata de cuentos infantiles que se presentan en el mercado como lo que son, siguiendo las convenciones del género en cuanto a su presentación física y a la importancia, central, de las ilustraciones. El elemento transgresor relativo a la sexualidad es presentado dentro de este cauce formal, sin tratar de problematizarlo o de subvertirlo. Los cuentos están destinados a la lectura conjunta del adulto con el niño y en este sentido favorecen el diálogo entre ambos. Los cuentos se presentan, pues, como una actividad lúdica y compartida que conduce a una experiencia formativa e informativa. En segundo lugar, las historias no tienden a crear una cosmovisión maniquea ni a favorecer una toma de partido entre personajes buenos y malos. La tendencia es más bien la de fomentar en el lector actitudes de aceptación y asimilación de las diferencias. En tercer lugar, se evita sexualizar a los personajes infantiles

en las historias, en particular cuando se trata de narradores en primera persona con quienes el efecto de identificación del lector está en juego. En este sentido, parece lógico pensar que las historias eviten obligar al lector a identificarse con una identidad sexualizada de cualquier tipo, sea ésta de índole homosexual o heterosexual; téngase en cuenta que en el relato infantil tradicional no es infrecuente encontrar personajes infantiles que sí están dotados de una incipiente sexualidad (siempre heterosexual). Y en cuarto lugar, las historias parecen querer presentar a los personajes y episodios homosexuales como meros accidentes narrativos, situándolos en un segundo plano y no haciendo de su homosexualidad el nudo central del relato.

Estas estrategias de normalización, en particular la última de ellas, responden a la conocida estrategia, denunciada por Edelman, de diluir la especificidad *queer* hasta hacerla desaparecer, eliminando con ella toda su capacidad de subversión, desestabilización y crítica. De este modo, la eliminación de todo contenido homosexual del primer plano de la historia y su relegación a simple elemento de fondo trae consigo la consecuencia, quizá no del todo buscada, de que la homosexualidad se convierte en un accidente ambiental que bien puede pasar completamente desapercibido. Este tipo de precaución se encuentra también en algunas tendencias pedagógicas que alertan contra los riesgos de que la introducción de un canon *queer* en la escuela pueda derivar en la homonormatividad de las identidades LGBTQ, es decir, en la presentación de las familias alternativas como si fueran versiones inocuas de las familias heterosexuales; este riesgo es todavía mayor cuando la literatura *queer* se introduce como una parte más de un catálogo amplio de estructuras familiares que enfatiza la inclusión de todas las posibles variedades, como es el caso de alguna de las colecciones de cuentos que estamos comentando (Threlkeld, 225).

La relación entre el joven lector y el héroe de los cuentos homosexuales (generalmente un niño o adolescente, prácticamente nunca un adulto) es mediatizada, como ocurre con el consumo habitual del género del cuento infantil, por los padres o educadores. Sin embargo, Kathryn Stockton ha reflexionado largamente sobre la capacidad proteica del niño de representar múltiples posibilidades, en un desarrollo del concepto de personalidad proto-gay, avanzado en su momento por Eve Sedgwick. El niño, para Stockton, es una figura inherentemente *queer*, que responde a los imperativos educativos de maneras imprevistamente dilatorias que los adultos encargados de su educación perciben como conductas extrañas o incluso perversas. El desarrollo del niño, para Stockton, no sigue una línea clara y predeter-



minada: el niño tiene su propia capacidad de resistencia y acción, que le lleva a comportamientos calificables como *queer*. De los varios modos de extrañificación que Stockton describe, sin duda el más llamativo desde una perspectiva normalizadora es aquel que viene generado por los ideales de pureza e inocencia que los adultos atribuyen a la infancia. La edad de la inocencia se formula también como una edad asexual, que en la imaginación patriarcal cristaliza en una figura compendio de valores deseables en cuanto a clase, raza y desahogo económico. La inocencia es, pues, una construcción ideal que hace del niño un sujeto pasivo, listo para recibir el adoctrinamiento que le conducirá a aceptar las normas del género y la heterosexualidad. Muy próxima a Edelman en este extremo, Stockton enfatiza la violencia subyacente a esta construcción de la infancia como una otredad deseable e idílica por parte de quienes ya han perdido la presunta felicidad del estado asexual. La literatura está llena de ejemplos que ilustran las reacciones (o mecanismos de defensa) de los niños ante este discurso que les atribuye y les impone una asexualidad inocente y pura.

Esta idea parece haber encontrado varios tipos de acomodo teórico y práctico. Así, Bruhm y Hurley reflexionan sobre “the queerness of children” y encuentran en la figura del niño una combinación de utopía y nostalgia de posibilidades ilimitadas (xiii). Por su parte, Michelle Walks acuña el término *queerling* para referirse a la prole de padres *queer* que deciden plantear su educación de acuerdo a patrones de cultura acordes con su estilo de vida; el énfasis del enfoque no se pone en la sexualidad del niño, sino en el tipo de educación que recibe. Más aún, esta estrategia supone una clara superación de la creencia de que la educación de los niños debería evitar cualquier mención a la homosexualidad, creencia de la que implícitamente participaba el activismo *queer* cuando respondía a las fobias educativas con argumentos que parecían conceder la superioridad de una educación neutra cuando no directamente heterosexual. Paradigmas como el de Stockton y el de Walks dejan muy atrás el debate homófobo sobre los efectos que el adoctrinamiento, el proselitismo, la imitación de modelos de autoridad y la aprobación pública de comportamientos *queer* podría tener sobre los niños; de hecho, tal y como señala Clifford Rosky, el Estado como garante del sistema educativo debería evitar tales términos y adoptar una posición neutral con relación a la presunta hetero u homosexualidad de los niños, si no es por otro motivo al menos que sea por el hecho incontestable de que el Estado no tiene ninguna razón legítima para sostener que la heterosexualidad es preferible a sus alternativas (Rosky, 612).

En el acto de lectura, la interacción entre la palabra y la imagen, entre texto e ilustración, es una de las características centrales del género del cuento infantil que resulta de una importancia fundamental en la construcción de las nociones de género y sexualidad. Queda, sin embargo, una consideración de tipo pragmático por desarrollar en relación a la lectura del cuento: la lectura del cuento infantil raramente se produce sin la mediación de un adulto que es quien lee el texto al niño en voz alta y quien, a la postre, va construyendo un significado que el niño complementa con los dibujos e ilustraciones. Este tipo de lectura mediatizada hace del adulto un verdadero intérprete en el sentido literal del término: el adulto transforma el texto en un discurso inteligible para el niño, lo representa para él, lo llena de sentido. Pero el niño, lejos de permanecer estático como un sujeto pasivo, interviene en el acto de la lectura con sus preguntas, sus reinterpretaciones y sus comentarios sobre lo que ve en el libro (generalmente los dibujos, pero también las palabras según su edad y grado de alfabetización) y sobre lo que el adulto le está transmitiendo. En este acto, el niño es un sujeto mucho más activo de lo que a simple vista pudiera parecer, hasta el extremo de que Stockton sitúa en este diálogo entre adulto y niño la mayor capacidad de resistencia de este último, el momento en que las preguntas del niño pueden resultar extrañas, creando distracciones y efectos dilatorios en el acto de la lectura.

Una de las preguntas indudablemente desestabilizadoras que el niño lector puede plantear en el transcurso de la lectura de estos cuentos infantiles, en los que el conflicto ha sido escamoteado, es precisamente si existe un conflicto. Por ejemplo, ante la proliferación de adultos homosexuales normalizados el niño puede preguntar si el narrador, con quien se le pide implícitamente que se identifique como lector, es homosexual también. La higiénica labor de desexualización de la infancia que caracteriza nuestra sociedad y que se encuentra presente también en estos cuentos ignora sistemáticamente la sexualidad infantil. La figura del niño proto-gay o directamente homosexual es precisamente uno de los motivos que inspiran la obra de Stockton, ya que la mera existencia del niño gay abre una insospechada fuente de posibilidades de entender la infancia misma:

One kind of child brings these matters into view. And, to my mind, it is the means, the fine-grained lens, by which to see any and *every* child as queer, even though the troubles of this specific child seem to be unique. This strange child particularly leads us to perceive ghosts and the darkening of children. The ques-

tions, in fact, ‘When did you know?’ ‘Did you know as a kid?’ ask queer adults to account for this child (as if they could): a child who was knowing something of ‘gay’ or of things turning strange on her. Is there a gay child? [...] What might the notion of a gay child do to conceptions of the child? [...] Quite a lot, it seems (Stockton, 2-3).

Quizá la intención de las editoriales Nube Ocho, A Fortiori y Topka no es otra que la que manifiestan en los textos programáticos citados al comienzo de estas páginas, es decir, fomentar la igualdad en las representaciones de género y sexualidad. Pero para ello se requiere un lector cómplice, es decir, un adulto que sepa y quiera emprender el acto de lectura con uno o varios niños a los que con toda seguridad deberá terminar contestando una serie de preguntas más o menos complejas. Parece que estos cuentos infantiles homosexuales reclaman la mediación de un adulto *queer* o muy familiarizado con la experiencia *queer*. Pero la cuestión que Stockton plantea no es acerca del adulto, cuya sexualidad se puede ver reflejada en los cuentos y quien sin duda se verá impelido a recordar su propia infancia, su propio crecimiento y la formación de su propia sexualidad; Stockton pone el acento en la sexualidad del niño, en la posibilidad, en la mayoría de los casos ambigua, brumosa, fantasmática, de que el niño esté desarrollando una sexualidad homofílica. Estos cuentos presentan a los niños como amigos de los homosexuales adultos, pero en ningún caso dan el paso de presentar al niño como homosexual (a diferencia de lo que ocurre en publicaciones dirigidas a un público juvenil, que constituyen un género diferenciado del cuento infantil).

La cuestión de cómo educar a los niños que Michelle Walks denomina *queerlings* es quizá uno de los mayores problemas al que estos cuentos parecen apuntar sin llegar a dar pasos claros en esa dirección. Una vez creado el entramado identitario en el que la homosexualidad tiene un papel destacado, se deja que sea el adulto mediador quien decida si esos pasos deben ser dados y en tal caso cuál sería la mejor estrategia comunicativa y educativa. En un artículo clásico sobre el tema, Eve Sedgwick concluía a comienzos de los años noventa lo siguiente: “In this unstable balance of assumptions between nature and culture, at any rate, under the overarching, relative unchallenged aegis of a culture’s desire that gay people *not be*, there is no unthreatened, unthreatening theoretical home for a concept of gay and lesbian origins” (Sedgwick, 26). En cierto modo, la infancia se ha convertido en una zona de alto riesgo para el activismo LGBTQ y para las campañas

educativas que persiguen fomentar los valores de igualdad y respeto mutuo en términos de género y sexualidad. La llamada de atención de Sedgwick, que Edelman lleva a toda una nueva dimensión al proponer un hiato entre el futurismo reproductivo ligado a la heterosexualidad normativa y lo que él mismo califica como negativismo *queer*, es solamente un síntoma de esa nebulosa de indeterminación y misterio que sigue rodeando al niño en cuanto ser sexuado y que Stockton explora en sus virtualidades literarias. Para el niño lector proto-gay, la experiencia de lectura de estos cuentos, siempre con la mediación de un adulto, puede resultar mucho más intensa, significativa, incluso emocional, que para otros niños. Pero, si las observaciones de Stockton son ciertas, sería ilusorio para el adulto mediador tratar de extraer algún tipo de conclusión de las reacciones del niño ante la lectura, no solamente porque el niño no sepa exactamente qué es lo que está ocurriendo en el cuento, más allá de las explicaciones que el adulto le aporta, sino también porque la experiencia de crecer como homosexual es, en gran medida, una continua negociación con un entorno familiar, escolar y social en la más amplia acepción del término. El acto de la lectura de un cuento homosexual es, para el niño proto-gay, una más entre la infinidad de experiencias simbólicas que conforman los años de crecimiento. Naturalmente, existe una gran diferencia entre crecer en un mundo simbólico en el que las representaciones de la homosexualidad están vetadas o se presentan directamente castigadas y crecer en un mundo en el que existen cuentos como los que venimos comentando, y que en España sólo existen, en muy reducida cantidad, gracias al empeño de pequeños sellos editoriales que se suman a la lucha por la normalización de todas las sexualidades.

El programa normalizador del cuento infantil de temática homosexual, por lo tanto, no solo trata de presentar la homosexualidad como un hecho normalizado a través de estructuras homoparentales, sino que además presenta masculinidades no patriarcales como modelos deseables de conducta y desarrollo personal para el niño. Esta doble normalización constituye, en realidad, una doble transgresión ya que si, por una parte, va en contra de la heterosexualidad obligatoria, por otra, ofrece al lector pautas de comportamiento que no son plenamente consecuentes con las estructuras patriarcales. Aunque este tipo de valores se ha ido abriendo paso de manera significativa en la sociedad española de las últimas dos décadas, de manera especial en lo tocante a la pluralidad de modelos masculinos, la introducción de la homosexualidad en la educación infantil, aunque sea a través de la asepsia de las estructuras familiares y se evite en todo momento la sexualización o la

erotización de los personajes, constituye un atrevimiento que desde posiciones conservadoras no se duda en calificar de propagandístico o proselitista. Desde un punto de vista más radicalmente *queer*, sin embargo, resulta dudosamente legítimo tratar de normalizar la homosexualidad reduciéndola a una más de las ofertas identitarias que el sistema ofrece a los individuos como catálogo cerrado. El mundo simbólico que estos cuentos recrean para el niño lector resulta extremadamente ordenado y previsible, carente de todo conflicto. El niño lector, como Stockton argumenta, no es ni ordenado ni previsible: no crece en progresión lineal ascendente, sino más bien todo lo contrario. La capacidad del niño para cuestionar, retorcer y descalificar las enseñanzas (o el adoctrinamiento) a las que se le quiere someter le hacen, a los ojos de los adultos, un auténtico sujeto *queer*. Por consiguiente, la transgresora placidez de los cuentos infantiles de temática homosexual debe considerarse simplemente como el primer movimiento en una conversación entre el adulto y el niño que, tras el acto de la lectura compartida, puede evolucionar por senderos insospechados.

## Bibliografía

- Abate, Michelle A y Kenneth Kidd (eds.) (2011): *Over the Rainbow: Queer Children's and Young Adult Literature*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Blayse, Mindy y Africa Taylor (2012): "Using Queer Theory to Rethink Gender Equity in Early Childhood Education", en *Young Children* 67.1, pp. 88-98.
- Bruhms, Steven y Natasha Hurley (eds.) (2004): *Curiouser: on the Queerness of Children*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Cedeira Serantes, Lucía y Luis Miguel Cencerrado Malmierca (2006): "La visibilidad de lesbianas y gays en la literatura infantil y juvenil editada en España", en *Educación y Biblioteca* 152, pp. 89-102.
- Edelman, Lee (2004): *No Future: Queer Theory and the Death Drive*. Durham: Duke University Press.
- Rosky, Clifford (2013): "Fear of the Queer Child." *Buffalo Law Review* 61.3 pp. 607-697.
- Sedgwick, Eve K. (1990): *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press.
- (1991): "How to Bring your Kids up Gay", en *Social Text* 29, pp. 18-27.
- Stockton, Kathryn (2009): *The Queer Child, or Growing Sideways in the Twentieth Century*. Durham: Duke University Press.
- Threlkeld, Aubry (2014): "A Critical Queer Literacy Approach to Teaching Children's Literature about Same-Sex Parenting", en Salika Lawrence (ed.), *Critical Practice in P-12 Education: Transformative Teaching and Learning*. Hershey: IGI Global, pp. 223-242.
- Walks, Michelle (2014): "Raising Queerlings: Parenting with a Queer Art of Failure", en Gerald Walton (ed.), *The Gay Agenda: Claiming Space, Identity, and Justice*. New York: Peter Lang, pp. 121-136.